

Veiga Córdoba, Pablo, *Ventana fuera del mar*, Madrid, Col. Encina de la Cañada, 1995.

La lectura de este primer poemario publicado del autor, nos revela un auténtico decir poético, que lucha entre la fidelidad a la vivencia y la cobertura lírica, entre la expresión de una intimidad conflictiva y una forma que debe recogerla y, en ocasiones, reorganizarla para que sea posible contarla en clave lírica. Esta tensión, este difícil contrapunto se apoya en una gran sinceridad, en un profundo deseo de no caer en más trampas, de no vestir más disfraces. De esta dialéctica, quizá no buscada de manera consciente, podemos extrapolar estas obsesiones: la niñez ida, un eros dominante y el mar como testigo.

Ventana fuera del mar está dividido en dos partes: "El hombre que mató a Liberty Valance" y "Poemas Vitrinas". Pese a que cada parte tiene una autonomía propia en términos de conceptualización y forma, ambas, si no se complementan, por lo menos sí marcan una continuidad. Las composiciones de la primera parte se orientan hacia el recuerdo, la nostalgia del pasado, una niñez en la que la realidad se visualiza desde el sueño, aquellos años cuando la intuición parecía descubrir el secreto de la belleza o el misterio de la soledad. El crecimiento impone otro ritmo: "No puedes crecer sin dejar atrás las camisas / y los zapatos que tanto querías cuando niño... de toda esa aventura vacilante que, poco a poco / sin darte cuenta, casi / sin quererlo, has ido dejando atrás. ... / Así que no me vengas con esas ahora / ni te concedas esas torpes caídas en la nostalgia, ..." (*Esos días azules*, p. 17-18). La voz poética se desdobra en juego dialógico, recurso que se repite a lo largo del texto bien sea en el binomio yo-tú, yo-ella, yo-otro.

Quizá el poema más representativo de ese empeño por ser ya en otro tiempo vital sea "Blindaje". Aquí la contienda está entre lo fácil y lo difícil; lo que se conoce y lo que se ignora, la ingenuidad frente a la alevosía, el presente cierto frente al futuro, como arcano que nunca se descifra: "Levantarse es fácil, se aprietan / uno o dos botones y el mundo / salta a buscarte chirriando de lujuria. / Levantarse / es fácil, lo difícil / es la ventana, sobre todo mi ventana / frente al mar" (p. 11).

En la segunda parte "Poemas Vitrinas" eros se impone como la poderosa fuerza vital que transforma lo que toca. La experiencia amorosa, tierna como en "Penélope" o con violencia como en "El lugar oscuro", une inevitablemente a los amantes; es la pasión incontrolable y ciega que se adueña de voluntades e impone sus ritos: "... Morderte el corazón, que tus labios / se acuerden de mí y me maldigan ... Así que ahora / vendrás, / vendrás a que te devuelva / todas las hojas de tu cuerpo" ("El lugar oscuro", p. 37). "Si tú me esperases, volvería ... / No creo / que me importase el brazo dormido y posado / que te ciñe la

cintura ... / ... Después, me conformo con respirar / el mar intravenoso / de tus muslos, / aplacarme en la piedra solar de tus cabellos / destejidos en la almohada, o llorar lentamente / con la boca cerrada / ...” (“Penélope”, p. 43-44).

El mar se hace presente desde el mismo título, es un mar abierto, que lleva lejos, mira hacia otros horizontes; y también es el mar de adentro, el que invita a otras profundidades, que atraen y detienen: ese desconocido que habita dentro de cada ser: “... / Levantarse / es fácil, lo difícil / es la ventana, sobre todo mi ventana / frente al mar. / ...” (“Blindaje”, p. 11).

Estamos ante un texto que mereció en justicia el Premio Bional de Poesía “Encina de la Cañada”, y que ilumina con su lectura el espacio poético del lector.

Matilde Albert Robatto
Universidad de Puerto Rico